

# GRANDES HOMBRES DE SANTA FE

EDICIONES SOCIEDAD MUTUAL DE EMPLEADOS PUBLICOS

2da. CIRCUNSCRIPCION

ROSARIO

1774  
EC

El dibujo de la tapa e ilustraciones  
pertenecen a Luis R. Bras

1984 by Sociedad Mutual de Empleados Públicos de  
la 2da. Circunscripción - Rosario.  
Impreso en Argentina - Printed in Argentina.

Sociedad Mutual Empleados Públicos de la  
2da. Circunscripción - Rosario

GRANDES  
HOMBRES  
DE  
SANTA  
FE

Prólogo del Prof. Luis A. Castellanos



Rosario  
1984

**GRANDES  
HOMBRES  
DE LA  
PROVINCIA DE  
SANTA FE**

**PRIMERA PARTE**

**ENSAYOS**

**PREMIO ESTANISLAO ZEBALLOS**

**1984**

## PROLOGO (Primera parte)

### EL ENSAYO

El premio "Estanislao Zeballos", para el cual convocó en el presente año la Sociedad Mutual de Empleados Públicos de la Segunda Circunscripción, debía otorgarse a ensayos que versasen sobre la personalidad y la obra de alguna figura de relevancia en la historia de la provincia de Santa Fe, que haya contribuido al desarrollo cultural, social y educativo.

Como se hizo en el libro precedente "Luz, llano y río", para lo referente al cuento y al soneto, debemos detenernos en la consideración de lo que constituye el género llamado ensayo.

Dice acertadamente el profesor Eugenio Castelli en su excelente trabajo sobre "El texto literario. Teoría y método para un análisis integral", que el ensayo integra el campo de la didáctica, que es la forma realmente literaria de ésta, forma que alcanzó auge sobre todo a partir del siglo XVI, con la figura incomparable de Montaigne. Pero es evidente que este genial escritor puede haber tenido antecedentes en la suya y en otras lenguas. Aceptamos, pues, que se denomina ensayo a un escrito generalmente breve en el cual se expone o se comenta un tema preciso y determinado. Naturalmente, debe distinguirse entre este escrito breve, pero cargado de intenciones literarias, de búsqueda de belleza, y los conceptos encerrados en los términos de monografías, manuales y tratados de diversas materias.

En algún sentido se podrían considerar ensayos ciertos textos precedentes, sobre todo los de carácter religioso; podría decirse que la "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, o "El Libro del Amigo y del Amante", de Raimundo Lulio, son ensayos destinados a dictar reglas de vida ajustadas a la doctrina de Nuestro Señor.

Pero es a partir del siglo XVI cuando se empiezan a publicar ensayos con tal carácter; así mucha literatura doctrinal, entre la que mencionamos, por no abundar en ejemplos, la famosa "Política de Dios y Gobierno de Cristo, Nuestro Señor", de don Francisco de Quevedo, o la "Idea de un príncipe político-cristiano, representada en "Cien Empresas", de Saavedra Fajardo.

Y el auge superior del género se logra en los siglos XIX y XX, a punto tal que ha invadido el territorio de otros géneros. Baste para patentizarlo, leer en sus "Ensayos de convivencia", de Julián Mariás, el titulado "Ensayo y novela", donde nos dice: "El novelista de las

cuatro últimas generaciones —y algunos de las dos precedentes— ca-  
mina por una cuerda floja, siempre temeroso de caer. ¿Dónde? En la  
novela tradicional, por supuesto." Y más adelante: "Por esto, sin  
ningún equívoco, el ensayo acecha a la novela contemporánea, es su  
riesgo permanente". Y pone como ejemplos de esos avances, a "La  
montaña mágica" de Mann, "El lobo estepario", de Kesse, "La peste",  
de Camus. Cabría agregar, entre nosotros, partes de "Sobre héroes y  
tumbas", de Sábato, por no extender la lista.

Si bien Marías no nos da ejemplos de los novelistas del siglo XIX,  
no será difícil encontrar pasajes ensayísticos en algunas novelas de  
Balzac, Pérez Galdós, Dostoyewsky, Tolstoi y, yendo más atrás,  
en el propio Víctor Hugo en sus obras de ficción.

\* \* \*

Si intentáramos historiar el desarrollo del ensayo en tierras san-  
tafesinas, acaso tendríamos que remontarnos, para su primera pre-  
sencia, a los días subsiguientes a Mayo, hasta la "Relación histórica"  
de Pedro Tuella, referente al Pago de los Arroyos. Y luego al "Diario"  
de Díaz de Andino, los "Apuntes para la historia de la Provincia de  
Santa Fe", de Urbano Iriondo, o las "Memorias" de Domingo Crespo.  
Más cerca de nuestros días recordamos a Joaquín Lejarza, con "Los  
positivistas y el cristianismo", a Estanislao Zeballos, a David Peña,  
a Enrique García Velloso, Martín Aldao, Martín Ruiz Moreno, a Mar-  
tínez Estrada, Alberto Palcos, Manuel Núñez Regueiro, Julio R. Bar-  
cos, Agustín Zapata Gollán, Ángel Guido. La lista se haría intermi-  
nable si quisiéramos abarcar en ella a cuantos cultivan hoy el ensayo  
entre nosotros.

\* \* \*

La tarea de escoger, entre los trabajos presentados al concurso  
en el presente año, no fue nada fácil para los miembros del Jurado.  
Al fin se decidieron éstos por los trabajos que evocaban las figuras  
de Carlos Carlino, de Emilia Bertolé, de Velmiro Ayala Gauna, de  
Raymundo Pardo, de José Pedroni y de Juan Alvarez. Todos ellos,  
nacidos en Santa Fe o procedentes de otros lugares del país, dejaron  
qui el fruto de sus esfuerzos y de sus desvelos. A todos ellos podrá  
proximarse el lector por medio de este libro.

LUIS A. CASTELLANOS

**NOMINA**  
**DE**  
**ENSAYOS PREMIADOS**

**ENSAYO - premio "Estanislao S. Zeballos"**

- PRIMER PREMIO:** "Carlos Carlino, poeta del hombre, del surco y del arado", autor: Armando Del Fabro, de Rosario.
- SEGUNDO PREMIO:** "Inolvidable Emilia Bertolé", autor: Héctor A. Sebastianelli, de Rosario.
- TERCER PREMIO:** "Ayala Gauna y su mensaje", autora: Perla Prats, de Rosario.
- PRIMERA MENCION:** "Entre la pasión y la mediocridad - Raymundo Pardo, filósofo y luchador desgarrado", autor: Carlos Alfredo del Frade, de Rosario.
- SEGUNDA MENCION:** "La obra poética de José Pedroni", autor: Raúl Alberto Rossi, de Rosario.
- TERCERA MENCION:** "Aproximación a la figura del Dr. Juan Alvarez Arques", autora: Liliana Drinkovic de Pilot, de Rosario.

PRIMER PREMIO

"CARLOS CARLINO, POETA DEL HOMBRE,  
DEL SURCO Y DEL ARADO"

Autor. Armando Del Fabro

*Del Fabro*

*Para Hortencia, un poco  
autora de este ensayo. —  
con profundo cariño.*



Carlos Carlino

*Domingo 1/11/84*

## CARLOS CARLINO: POETA DEL HOMBRE, DEL SURCO Y DEL ARADO

### 1. EL COMIENZO. (Años 1853 - 1856)

Surcábamos la segunda mitad del siglo XIX cuando Alberdi publicaba las "Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina". El había recogido la dura expresión vivida por el país en los años anteriores y daba el pensamiento orientador. Buenos Aires no asistía a la reunión en la que se aprobó la Constitución Nacional y Urquiza diría, aludiendo a dicha ausencia: —"Es un accidente transitorio. Ni ella puede existir sin sus hermanas, ni sus hermanas pueden existir sin ella."

La Nueva Carta señalaba las ideas de la Revolución de Mayo queriendo prolongarlas y sus artículos recogen —como lo quiso Alberdi— el ideario de Belgrano, de Moreno, de Rivadavia, de San Martín. La legislatura central autoriza, entonces, la construcción de una Aduana para la cual destruye el antiguo Fuerte de Buenos Aires. La Carta Magna actuaba de inmediato sobre la realidad del país.

Se nota la iniciación de una nueva era que intenta acompasarse con Europa que marcha rápida y necesita de los productos americanos.

Los ferrocarriles cruzan vastos territorios de Europa. Se aceleran las comunicaciones entre los pueblos y es necesario prepararse para el nuevo mundo. Sábese que en el año 1853 tenemos más ovejas que vacas y el envío de lanas ocuparía el primer lugar en las exportaciones. El tasajo nos vincula a Estados Unidos, a Cuba y a Brasil, es decir, a los países que mantienen esclavos. Un nuevo equipo de hombres se ocupa, ahora, de nuestro futuro y es el comienzo de la colonización del territorio. Se aprueban los contratos para establecer colonias en Corrientes. La agricultura se encuentra abandonada, salvo en Entre Ríos y los más inquietos, —comenzando por Alberdi—, reclaman la llegada de millones de brazos para trabajar la tierra.

Realmente todo lo que a partir del primero de este año se proyec-

ta, toma para la mayoría, el color de una quimera. Pero el trabajo se inicia.

Al año siguiente (1854) el general Urquiza es proclamado presidente de la Confederación Argentina, acompañándolo como vice el doctor Salvador María del Carril.

El presidente Urquiza, en sólo seis meses de mandato, ha logrado borrar todas las malas imágenes cosechadas por el caudillo Urquiza. No es ya el Atila de Pago y Vences, sino el conductor de pueblos dispuesto a llevar al suyo a la prosperidad. Con prestar atención a sólo tres decretos de este tiempo podrá advertirse su sentido de progreso. Por el primero se establece la Administración General de Correos Nacionales en toda la República; por el segundo, se invita a venir a los puertos de la Confederación a "artesanos y trabajadores de todo género" radicados en Montevideo "para auxiliar la industria que comienza a desarrollarse en estas costas", y por el tercero se manda a "contratar un ingeniero en Estados Unidos que sea práctico en caminos de hierro". Y es Urquiza, también, quien desarrolla una vasta tarea colonizadora, sin detenerse a pensar si los colonos son católicos o judíos, ortodoxos o protestantes, designando como administrador de aquéllas a un revolucionario llamado Charles Quentin, que había sido ya administrador de la Asistencia Pública de París.

En 1855 llegaron al puerto de Buenos Aires numerosos agricultores vascos e italianos y se formó la colonia agrícola en la región. Se fundaba, también, una empresa de "Mensajerías Argentinas" que atiende servicios de diligencias a todos los puntos habitados de la provincia de Buenos Aires. Dos progresistas españoles, Juan Rusiñol y Joaquín Fillol, organizan este servicio que ha recibido comentarios favorables en todos los sectores. La empresa tiene sede en Rosario, desde donde parte el primer vehículo con destino a Córdoba en una travesía de quince largos días. Dos jornadas era el tiempo entre Santa Fe y nuestra ciudad. Rosario se componía de 20 manzanas de caseríos. Era la punta de lanza con la que cuenta Urquiza. Rosario tiene, en esos momentos, tres plazas, un periódico llamado "La Confederación", posee un teatro y además, algunos almacenes de relativo lujo.

En nuestra ciudad se nota un rápido crecimiento alentado indirectamente por la nueva situación que es la lucha agudizada por las diferencias entre la Confederación y el poder Central. En Baradero, provincia de Buenos Aires, se instala una colonia agrícola integrada

por suizos recién llegados a nuestra patria. Se nota un gran movimiento de la agricultura. Dos franceses: Augusto Brougues y Juan Lelong, preparan el primer proyecto de colonización sistemática y su primer gran fruto es la colonia de Esperanza —que cantó Pedroni—, y comienza a poblarse a ocho leguas al oeste de la ciudad de Santa Fe con 200 familias, en su mayoría provenientes de Suiza; su fundador es el salteño Aarón Castellanos, un activo empresario, que había viajado a Europa en busca de colonos con las firmas: Vanderest de Dunquerque; Texor de Francfort y Beck and Herzog de Basilea. La mayor parte de estos inmigrantes habían sido cazadores y soldados, protagonistas de las revoluciones del año 1848 en Roma, Sicilia y Nápoles.

El 20 de enero de 1856 llegan a Buenos Aires en el vapor "Lord Raglan" un nutrido contingente de labradores italianos y suizos y tres días después se embarcan en el "Asunción" —primer buque con balancín a vapor— para desembarcar en el puerto de Santa Fe.

...Y es aquí donde comienza la gesta gringa. Venían a ocupar las soledades y las extensiones, —patrimonios del indio y del gaucho— sin alambradas y sin vías de comunicación, con sólo algún caserío triste y gris esparcido en la inmensidad de un piélago verde, donde el ombú era un oasis y la luna la dueña de las noches, plateando el desamparo y el silencio.

Es posible que un cúmulo de sensaciones y de impulsos dispares sacudiera con violencia el cuerpo y el alma de esa gente ante aquella visión insospechada, que parecía lastimar los ojos con la cruda verdad.

Cada familia, cada hombre, había dejado atrás su pueblo del solapenino, la brisa de sus bosques, sus antiguos nogales, sus castaños, sus prolijos establos.

Llegaban al país con apenas una vasija en sus manos esperanzadas. Estaban lejos, ahora, de sus nieves dramáticas, de sus estíos suaves. Se miraban con pena, ante un silencio agreste. Venían de sus ancestros quizá, germanos, y sentían sus naufragios frente a nuestras playas. Habían abandonado las ventanas de sus villas, sus rincones poblados con nombres indelebles, los mesones humildes donde bebían su vino perfumado y ya no verían tampoco sus huertos cargados de castaños, las lomadas floridas, las recolecciones de sus frutos, los umbrales de sus casas sencillas; ya no se juntarían en la taberna después de la misa mañanera del domingo, ni empuñarían más el azadón sin apuro en su pequeña huerta.

Diría el poeta en su "Poemas con labradores":... "Llegaron solitarios/ a la tierra y acedos,/ el ademán dudoso,/ escasos de dinero,/ la voz apenas dicha/ en el rudo dialecto./ Y aquí se hallaron juntos/ en redor a un empeño,/ afirmaron la voz,/ afianzaron el gesto/ y con paso seguro/ los años anduvieron./ La tierra allende el mar/ ya no fue más que sueño./ La pampa les detuvo/ en raíz y recuerdos./ Cuando quisieron irse/ no pudieron hacerlo:/ se les quedó en palabra/ el indeciso intento."

## 2. LA TIERRA NUEVA.

*Esta tierra que siembro es mi patria y la quiero.  
Nudo de mi existencia; canto, sudor y lágrima.  
Para quererla, tanto como la quiero, tengo  
una razón profunda: me costó enamorarla.*

Por una aurora de enero pintada de sonrojos, ellos entraron al horizonte. Fueron, al principio, una manchita de sombra, leve, informe. Un objeto con trazo viviente subiendo la raya del día en una loma brumosa donde el cielo y la tierra parecen juntarse en el vago comienzo del camino pardo. Bajaron, después, por las curvas suaves, tímidas, esquivando piedras ásperas y espinas del hirsuto cardal. Venían en grupos, casi como pequeños animales madrugadores. Pájaros andariegos y felices que escalaban la mañana lentamente. Cada grupo iba acercando sus escasas pertenencias al lugar destinado. Y allí bajaron del carro que los transportaba y se pararon sobre el suelo seguro, para sentir bajo sus pies la llanura sucia y pastuda. Descargaron sus pertenencias escasas y se inclinaron hasta la tierra sólo hollada por los cascos de potros ariscos y donde el sol fecundo nunca había madurado ningún otro fruto que no fuera el agresivo cardón, las flechillas afiladas y el borlón seguidor de los abrojos agudos. Supieron enseguida que aquella tierra era buena.

Miraron el horizonte —un horizonte lejano que cortaba el cielo del Universo Infinito—. Ante sus ojos absortos todo les pertenecía. Todo era de ellos: aquel techo azul del espacio, aquellas nubes redondas, que muy pronto bautizarían la tierra caliente desflorada, ahora por la herramienta punzante del arado tenaz, empuñado por un gringo

obstinado y alegre... "Esta es la tierra. Esta/ que nos da la fiesta/  
dorada de la espiga./ Esta que nos abriga/ con su terrón o se da como  
esposa/ en la deliciosa/ tibieza del surco. Esta es la tierra,/ ésta a quien  
damos guerra/ y exigimos/ y herimos/ y amamos/ y negamos,/ ésta  
que por darse/ entera, vino/ a la puerta a acostarse/ para que la hicié-  
ramos camino."

Levantaron, allí mismo, el hogar con sus propias manos. Sabían  
que serían felices en aquel destino. Respirarían el aroma de la tierra  
nueva, con olor a raíces y a suelo mojado. Clavaron los horcones apun-  
taladores y ciñeron, sobre las tijeras, el envarillado, la quincha espesa.  
Mezclaron el barro y la paja amasando el adobe de las paredes y el  
rancho quedó listo.

Sobre el palo saliente de la cumbrera, muy pronto un hornero,  
que también sabe a suelos, construyó su nido redondo y lo pobló  
de pichones hambrientos e impacientes. Abrieron el pozo y, a escasos  
metros, encontraron el agua cristalina y abundante que les apagó  
la sed. Los pájaros inquietos les hicieron compañía y piaron para ellos  
una canción distinta. Les cantó el zorzal y el jilguero y casi comieron  
de sus manos el gorrión y la torcaza, la paloma y el copetudo cardenal.

*Por la ventana abierta, la alborada  
inquieta mis brazos. Por la ventana  
me llama la mañana  
campesina  
colgada  
de su fiel clarinada.*

*Por la ventana la albada  
desnuda y mojada.  
Y el humo de la cocina.*

.....  
*Con el primer rastrojo tuvo colchón: la chala  
es leña de colonos. Mi puño, desde niño,  
se abrió como una rosa en ademán agrícola  
para echar en el surco el corazón del trigo.*

Quando la tierra estuvo roturada y limpia comenzaron las siem-  
bras de los cereales nutricios: el trigo y el maíz, los benditos granos

donde residía el porvenir apuntalado por las exportaciones seguras  
Nacieron los frutos y fue, quizá, donde la mujer, también sembrada, supo que en esta tierra nacería su primer hijo, que crecería con el júbilo lozano de los primeros retoños y lejos de las zozobras y el desamparo.

El sol alumbró el grupo humano y Dios estaba allí, en la bondad de los terrones, en la eclosión feliz de las semillas, en la ubérrima tierra labrantía.

Pero no todo fue bueno y generoso para aquellos pioneros y agricultores de la gesta gringa. Muchas veces debieron soportar interminables veranos que quemaban la raíz profunda de las plantas jóvenes; ver agrietada la tierra; ver exhaustas las aguadas bajo la tortura de tábanos zumbadores; ver las heladas tardías, el granizo destructor de las yemas tiernas, del fruto en agraz, la langosta voraz y devastadora de toda una región; la sequía.

*El año vivo y la esperanza muerta  
con su cielo de coágulo y graznido,  
su navidad de párpado dormido,  
su lápida tapiándome la puerta.*

*¡Fuerza es cantar a sangre descubierta  
la suerte hacia los lindes del olvido,  
el desgano del viento sin un ruido,  
el luto vegetal, la sal abierta!*

.....

Más de una vez, apretando los labios, el labriego debió empezar de nuevo, trémulo, viendo la lenta agonía de los trigos; dobladas sus espigas sobre la tierra sin jugo.

*Sobre el campo sin amor  
el hombre, desamorado.*

*La cicatriz de la luna  
y su sino, divorciados.*

*La voz es una quejumbre.  
El cielo en continuo daño.*

Sobrellevados los primeros dolores el hombre supo vencerlos y resurgió sabiendo que allí, y sobre todo allí, estaba la verdad, estaba, tozudamente, el reclamo de la tierra, en cada esperanza y en cada desesperanza; en la alegría de los granos volviendo a nacer; en el tenaz anhelo de verlos enraizar y florecer para recomenzar una y otra vez.

El gringo no titubeaba. Su mujer lo acompañó en silencio cada día y, calladamente, acompañó, también, su cuerpo yacente hasta el pequeño cementerio del humilde lugar, regresando a la chacra para tomar la herramienta, empuñar la manquera, conducir la yunta y cuidar el predio. En la consolación forzosa de lo insustituible supo, acaso, que el compañero —reintegrado a la tierra— sería, sencillamente, la sustancia del trigo, la carne del maíz que en primavera subiría a sonreírle desde las espigas lozanas:

*Porque eres la mujer y por la causa  
del amor que me das casi temblando,  
te mereces la noche con su pausa  
de pájaros, las ramas retoñando,  
una flota de rosas en el vientre,  
la mariposa rubia de la espiga  
en la sien y la hoja que concentre  
la voluntad del viento y de la hormiga.*

Envejecieron en la tierra. Blancos los cabellos y rugosas las manos sufrieron cada vez que sus hijos sintieron la tentación de alejarse succionados por el vórtice de la ciudad prometidora de aventuras. Ellos, silenciosos, siguieron su antiguo sueño y juntos hicieron la gesta gringa que el poeta, alguna vez, nos cantara: "La campana crepuscular, con su secuela/ de palomas voltea el silencio rural./ La luna echa a rodar su muela/ coruscante. El aire trasciende/ a campos labrados./ La noche asciende/ por una calle vespéral/ de pájaros dormidos y tubos ahumados."

En la bondad y en las ingratitudes de la tierra nueva aprendieron nuestros abuelos a residir sobre la pampa que los albergaba. Siguieron las tradiciones y las costumbres ancestrales que traían en sus alforjas de sueños. Desmontaron el bosque y destrozaron el terrón con los medios más precarios. Sembraron al voleo y recogieron la cosecha trabajando de sol a sol, empleando los brazos de sus hijos y familiares. La

naturaleza extraña de la tierra nueva los obligaba a ser ingeniosos o sucumbir, aprender de la dura experiencia o bajar los brazos y perecer.

Un mundo nuevo de influencias no conocidas les exigía a rechazar o aceptar el desafío. Y se quedaron. Nació una ilusión donde florecerían escuelas, templos, puentes, carreteras. Enriquecerían este suelo con su labor y agradecerían después a Dios el sueño cumplido. Se casarían, más tarde, con los hijos de la Tierra Nueva:

*Es un sueño coruscante, inmenso, que va desde las vegas en flor al torso de las serranías, desde el escaldado yermo hasta la ciudad señera, desde la costa brava a la cueva pastoril. (1)*

Un sólo predio se le entregaba al colono, un palmo de tierra sometida al vasallaje del arrendamiento. Contratos leoninos reglamentados por los patrones del latifundio. Alquileres desorbitados o imposiciones de vida dentro de las chacras. Así canta el poeta cuando nos dice el dolor de la tierra en sus cuatro vientos: "Por este camino, vino/ abuelo de allende el mar,/ vino descolgando el humo de su pipa y nada más./ La canción llegó más luego/ cuando la mandó buscar/ su nostalgia arrebañada/ de miseria y soledad./ También, por este camino,/ hubimosle de llevar/ entre tablas a la sombra,/ a la sombra del pinar./ Por este camino llegan/ un día y otro se van./ ¡Tantas esperanzas nuevas/ que se cansan de esperar!

Y el poeta nos dirá, también, citando a García Márquez, "uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo tierra."

Desde distintos rumbos del orbe llegarían por el único camino: el mar. Luego, en nuestras playas, se abrirían en un abanico sin límites y se afincarán en zonas rurales para formar, más tarde, poblaciones de marcadas costumbres regionales. La mayor masa de inmigrantes fue la italiana, que convirtió el territorio de nuestra provincia en el "granero del mundo", abriendo surcos y sembrando maizales opulentos. Casi todos ubicados en los alrededores de Rafaela, Gálvez, San Genaro, Maciel y Coronda. Los judíos de la diáspora de Entre Ríos, convocados por el Barón Hirsch, que los rescataba de las persecucio-

(1) Carlos Carlino. *Gauchos y gringos en la tierra ajena*  
Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, año 1976.

nes y el oprobio, de los "progrones". Invocando a Dios se reunieron en jornadas bíblicas y sobre la amelga caliente pudieron cumplir Gerchún Gerchunoff y "trabajando la tierra comeremos el pan de nuestro trigo con los antiguos judíos de la Biblia..." En San Carlos los alemanes y los suizos, que sembrarían la cebada, esperanzados en elaborar y beber la rubia y espumosa cerveza, rebozante de alegría.

Así florecieron los linajes azules, los trigales zainos, los maizales con la risa caliente de sus granos. En torno a ellos surgieron los pueblos y brotaron las ciudades en este punto lejano de la tierra.

*Entrando a la tierra, quedándose, estos gringos alzan del secular estatismo de la tierra la fiebre estival de las espigas, la cepida pasión de las mazorcas, la sabana náutica de los linajes. Construyen ciudades, edifican pueblos, plantan chimeneas, corren el desierto con sus mostradores, sus azadas, sus picos, sus arados, como los gauchos corren a los flojos a ponchazos. (1)*

### 3. EL POETA.

Carlino nace con una verdadera vocación poética: la profesa puntual y permanentemente en silencio, luego la sostiene como una actitud, una conducta, una responsabilidad, un destino. Escribe para sí, no como un estibador de imágenes aprendidas, sino como un creador de bellos símbolos que servirán para ser útiles y trascendentes. Es un poeta desinteresado que gusta de todos los alumbramientos y experimentando todas las desventuras. Penetra en la magia de las palabras y puebla sus misterios en la espontaneidad de sus manifestaciones, en los dolores y en las alegrías, en las esperanzas y las desdichas de sus semejantes. Toda una vida se ocupa con amor, con seriedad, en el quehacer de su prójimo. Cuando se le pregunta: "De no ser escritor, ¿qué hubiera querido ser?", él responde de inmediato: —Nada. Esto nos gusta, y suponemos que nada es, particularmente, —no ser—, permanecer en un nirvana ideal de inmóvil comodidad que

(1) *Ibidem* I, pág, 27

no concilia con las cuatro facetas de Carlino.

Shelley se pregunta qué serían la honestidad, el patrimonio, el amor, la amistad, los panoramas del mundo, los consuelos de aquende las tumbas y nuestras ilusiones en el más allá sin la asistencia desinteresada de la poesía. Además, como se ha dicho, para escribir un solo verso el poeta verdadero debe haber viajado por muchas tierras, experimentado todas las desventuras, gustado todas las alegrías, asistido al primer llanto de los alumbramientos y recogido las últimas palabras del tránsito sin regreso, saber dónde se fabrican los vésperos, con qué material melancólico se edifica la lluvia. Y sobre todo, ser el lúcido cronista de los avatares del amor. Los poetas fueron considerados leñadores y profetas, según se dejó sentado en textos dictados por el mismo Dios. Porque lo que el poeta dice, siempre es relevante, generoso, auténtico, juicioso, ejemplar. Carlino es el poeta verdadero, puesto que se ocupó con amor, con seriedad, del destino de sus semejantes.

En el año 1976, ya periodista del diario "La Razón", ha publicado poesías dignas de la mejor antología. Hay un fervor humano, conmovedor, que honra al hijo de gringos cuando interpreta el drama del autóctono desguarnecido. Y cuando se le pregunta: "Si no hubiera nacido en la provincia de Santa Fe, ¿dónde hubiera querido nacer?", él responde de inmediato: "En ninguna parte". Ama su "Patria Litoral" y la gente que lo puebla. Desear no haber nacido es la negación de aquello y resulta que sus libros suponen el mentís rotundo de esto último.

La poesía es, para Carlino, ejercer un oficio jerárquico; a tal efecto nos dice el poeta: "El vencedor en los certámenes olímpicos no se sentirá totalmente consagrado vencedor en la gloria pública hasta que Píndaro no le dedique una canción." Esto porque el poeta tenía la virtud de otorgarle la inmortalidad. Es obra del prodigio poético que percibimos y comprendemos que la carne pueda transformarse en espíritu y que la línea genealógica no se corte al pasar del arte material del antepasado a la fiebre de sueños del descendiente. Es que este sencillo y maravilloso recurso es sincero, porque el libro de Carlino ha sido vivido antes de ser escrito. "Poemas de la tierra" (1938), "Poemas con labradores" (1940), "La voz y la estrella" (1945) y "Patria Litoral" (1946), son sus obras con más caudal lírico y mayor belleza. Los títulos de sus libros fundamentales están expresando siempre la calidad primordial del poeta: el sa-

bor de la tierra y la voz volcada sobre el arado. Si en el primero de ellos tuvo una visión abstracta del campo, el segundo es la consagración del individuo que trabajó enfrentando las normas que se le imponían: la legislación magra, el latifundio omnipotente, la injusticia. Carlino sintió desde pequeño el hálito de las letras y fue la contemplación del campo lo que lo hizo poeta. En todo, una línea inviolable había en su vida. Más tarde, cuando llega a Rosario (1932), desde su pueblo natal, a fin de completar sus estudios, los pujantes veintidós años hacen que escribiera aquello de:

*Llego del campo donde todo es verde  
color de juventud y de esperanza.*

Su libro "Cara a cara" es un grito de rebelión; con ello se da cuenta que la ciudad tiene otras motivaciones y transita por otras vivencias diametralmente opuestas a su vida anterior. Nos dirá en su poema "Parque Independencia":

*En las mañanas soleadas/ del domingo ciudadano/  
qué lindo, qué gusto da/ este soleado espectáculo/  
de los novios que se olvidan/ del mundo y sus aledaños/  
—ya he visto novios humildes/ tomaditos de las manos...*

Conocería, muy pronto, al poeta Aragón, aquel pequeño Quijote que deambula ufano con su barba de mosquetero y, a veces, con su báculo de Rey Momo, y diría:

*Poeta... bueno... poeta/ de cabellera pringosa./  
rey del sablazo y la prosa/ parecida a una receta./  
Toma, colega, una rosa/ del jardín de mi ufanía./  
Ahí va, bardo de poesía/ muy parecida a tu prosa/  
trasplante de Loquería.*

En la contemplación de la noche rosarina, el estudiante del Colegio "La Salle", escribirá en "Cara a cara" el poema "Desde la azotea", bebiendo el firmamento en la nostalgia de su terruño natal y ahora lejano:

*La noche se ha puesto limpia/ como una enagua de bodas./  
En el firmamento, estrellas/ inútiles y abribocas..*

De este poema, en 1940, el sacerdote Edmundo García Caffarena, su compañero y amigo, glosando su libro verá "que aquí tiene dos o tres muestras redondas de su maestría" y "ya era un precursor de Lorca en su recobramiento de las formas arcaicas y remozadas." Vendrá luego el libro "Vecindades", una joya de poesías intimistas.

#### 4. EL ENSAYISTA.

"Gauchos y gringos en tierra ajena", Editorial "Plus Ultra", 1976, para su colección "Temas Contemporáneos" es, acaso, la obra capital en los ensayos de Carlino: género que él no cultivó mayormente pero es insustituible en el hacerse de la sustancia humana en Argentina. Una conjunción y una conjugación de razas y nacionalidades sobre la base del indio y el aporte europeo, especialmente de la latinidad. El comienzo de la colonización fue el amasijo que dio por resultado el nuevo hombre en América. Carlino, hijo de gringo y argentino esencial, desglosado ya de la sustancia de Europa, por asimilación a la tierra y su sociedad, analiza el transcurso de esa conjugación desde los primeros tiempos. Revisa los conceptos de la historia argentina, cuya condición de vate lo autoriza a introducir una cuota de creación poética.

Su trabajo se ajusta a un cartabón muy claro, con la máxima idoneidad y más que muchos escritores en la misma tentativa. Rescata con imparcialidad un juicio, casi siempre ausente en los cultores del ensayo. Queda sentada, en su excepcional labor, la aurora de una nueva Argentina. No exenta del drama, un drama paralelo en gauchos y gringos, hacedores de un país "en tierra ajena".

En aquel ensayo Carlino revisa conceptos sobre la historia argentina y entrega un trabajo de verdadera investigación y habilidad literaria:

"El inmigrante vino en persecución de una riqueza fácil, tal como se lo había prometido. Y se encontró con una realidad que no encajaba en los cánones de sus sueños que le hicieron soñar. Lo que debe afrontar es una "realidad distinta y des-

"mesurada. Lo memorable es que no se achica y que en tanto  
"lucha dentro de la realidad impensada, incorpora al país sus  
"hábitos, su fuerza moral, sus tendencias progresistas, su cul-  
"tura intrínseca. Y asume la parte del país —hábitos, tenden-  
"cias, idioma— que le corresponde. Llega extranjero y queda  
"argentino. Este es el milagro que pide una rima, que vale un  
"poema."

Más adelante, nos dirá:

"El gringo es un ser humano que entra a una nación de seres  
"humanos entregados en gran parte al comercio, con una larga  
"y documentada tradición en el contrabando, la venta de esclavos,  
"la tienda, la especulación, el agiotismo, el favoritismo." (1)

Y hablando del gaucho explicará el ensayista en un exhaustivo y prolijo estudio de los "hijos del pampero" y "a lo largo y a lo ancho del otro personaje del drama que a la llegada del inmigrante el gaucho se extingue por conclusión de una etapa." Los gringos construyen la epopeya de la agricultura imponiéndose, más que a todo —medio aborigen, gaucho alzado, orfandad de medios—, a la voracidad despojadora de los integrantes de los círculos gobernantes. Es así como se cumple rigurosamente el dictado, el plan civilizador, el plan fantástico de no dejar un sólo jeme del país sin explotar.

"Ahí reside el drama para el sencillo mecanismo de comprensión del gaucho. La pampa surcada deja de ser la pista para la función ecuestre. Con los sembradíos se acaban el señorío del galope, el aroma fresco de los trebolares atardecidos, el inmenso paisaje móvil de la hacienda yendo y viniendo, cubierto de remolinos y mugidos. Con esos gringos que "vienen arando toda la tierra" muere el paisaje. (1)

Los gringos cortando el cordón umbilical de la nostalgia europea

(1) Ibidem, págs. 124, 125, 237.

y los criollos superando la oposición; los dos realizando la conjugación definitiva, una nación totalmente integrada en sangre y alma. Sus hijos llegarán a las universidades y serán la tercera parte de la población que se empeñará en el trabajo y en la cultura; serán también médicos, ingenieros, doctores y hasta presidentes de la República. Hoy, para los descendientes de aquellos gringos, la tierra no es ajena, es sólo la tierra del futuro, amasada y sentida como raíz y como cumbre.

"Biografías con gringos" (El tango, Santos Vega, José Pedroni), es otro de los meritorios trabajos de Carlino; aquí reúne el escritor tres ensayos sobre temas distintos pero ligados por la misma clave: el gringo. En el tango nos demuestra que el gringo pone coto a las distancias y con una demarcación del predio hostiliza la libertad del gaucho y su peregrinar por las zonas desérticas, por la inconmesurable sabana. El vagabundo aquél pierde el paisaje, limita su galope y se refugia en el poblado, se diluye en la gente. Su lírica queda, se afinca, su leyenda esplende en canciones que remontan sus hazañas. Cobra dimensiones de un héroe vivo. Más cerca del campo lo recoge el suburbio, los proyecta, luego, hacia la ciudad, hacia el centro. Nacerá antes el "payador". El romanticismo literario dibujará el tipo melenudo que en largas tertulias de boliche es el narrador porteño y en aquella colmena de bohemios nacerá, no muy lejano, el clima de versos y de mensajes ciudadanos. La Historia del tango, nos dice Carlino, se elabora en los extramuros, en el arrabal. El rechazo urbano los concentra en inquilinatos y conventillos. Internacionaliza al criollo, y confundidos en turcos, italianos, españoles, un verdadero eclecticismo racial y de lenguas, busca su simbiosis y realiza, en cierta forma, un idioma, crea su poesía, elabora su historia. La metrópolis, en este caso Buenos Aires, semeja a un enorme crisol, donde todas las razas y todos los idiomas del mundo convergen y se mezclan las voces en un enorme mercado. "El tango es producto metropolitano y nosotros somos las provincias, campesinos y pueblerinos. ¿Cómo puede producirse la extraña adopción? Sencillamente porque Buenos Aires nos facilita un rasgo argentino en cuya creación y difusión intervienen gringos e hijos de gringos", nos dice Carlino y agrega: "Que los intérpretes máximos de nuestro tango, en esa época, en el canto, fueron: Carlos Gardel, francés; Agustín Magaldi, descendiente de italianos, nacido en Casilda, zona cerealera, e Ignacio Corsini, porteño, cuyo ape-

llido no da lugar a dudas."

En Santos Vega, la segunda clave de su ensayo "Biografías con gringos", Carlino, citando a Juan Adolfo Amieva en una conferencia pública, que luego sería difundida en la Revista de la Dirección Nacional de Cultura de Buenos Aires, 1954, nos dice que Vega ha sido la figura de más belleza en las tradiciones autóctonas. "Para muchos, Santos Vega nunca existió; pero otros han establecido que vivió en Santos Luis y murió en la provincia de Buenos Aires... Fue poeta y músico inigualable e inigualado. Su alma debió ser excepcional, porque para ascender al mito, era resumir excelencias que confinaron con lo fabuloso y lo sobrenatural. Al desaparecer del mundo de los vivos, después de caer vencido en la payada con el Diablo, se descorporiza, se desintegra, y, ya desasido, se incorpora a la legión de los fantasmas para encarnar el símbolo de la raza".

Carlino pasea a Santos Vega de la mano frente a los escritores más autorizados del ensayo. Bartolomé Mitre nos diría que fue un ser vivo. Ventura Lynch apoyaría esa afirmación, lo mismo que Ricardo Rojas, Rafael Obligado recogerá la existencia de aquel hombre extraordinario en la tradición oral. El uruguayo Fernán Silva Valdés opinará que, "la existencia de Santos Vega puede estar alejada de la verdad real, pero constituye una realidad poética". Para Ascasubi y Obligado "el payador aparece como hombre de carne y hueso". Eduardo Gutiérrez convertiría a Vega en héroe de folletín... Y es así que llegamos a nuestro ensayista madurando un concepto: "Vega era un poeta: ese magnífico, ese laborioso haragán, es decir, un profeta; un representante de lo que no tiene representación. El único desinteresado intermediario entre Dios y el hombre: entre el hombre y la naturaleza; entre las criaturas y su destino". Y en su duelo con el Diablo, Vega será el gaucho que ha llegado a su momento definitorio, crucial: "ha llegado al combate decisivo harto de injusticias, de despojos, de los hombres, de su desgraciado destino". "El duelo con el Diablo es a muerte y Santos Vega pierde". Es decir, los gauchos "pierden" el contrapunto vital entablado en el "progreso". Así está escrito. Así ha sido decidido. Juan Agustín García, en su libro "La ciudad indiana", dirá: "Son más civilizados, de mejores tendencias, más aptos para la vida ordenada que el proletariado pastor", refiriéndose al labrador extranjero que había invadido el suelo argentino pacíficamente, y es allí donde Carlino verá que el Diablo o el progreso

están encarnados en el gringo Juan Sin Ropa, un enfrentamiento similar a civilización y barbarie.

La tercera clave de "Biografías con gringos" será una "Crónica breve de José Pedroni", hermosa página que nos dará su autor sobre el poeta esperancino y será el homenaje que signifique "agitar algunos lutos que pesan sobre mi corazón..." Ausente del interior por mucho tiempo "no me complace soplar memorias sobre un montón de años cubiertos de cenizas", dirá a manera de introducción.

Relatará, más tarde, cómo conocería a Pedroni en la ciudad de Gálvez: "un pueblo santafesino entonces, de poquita gente, fundado durante el envión que le correspondió a los italianos en la epopeya agrícola." Describirá la escuela, "un viejo molino harinero en desuso", y sabremos que junto a José serán discípulos de Hugo Arocena, el maestro que apelaba a la "pedagogía del cinturón golpeando nalgas", a fin de que entre la sintaxis y la regla de tres compuesta. Nos hablará de la laguna, que tenía "el apodo" de Mar Chiquita, acaso —nos dice— "un puerto por la necesidad de los gringos de tener el océano siempre presente como un modo de estar unidos". Recordará aquel albañil lombardo llamado Gaspar —padre de José— que sería uno de los constructores que "alzó la casa de Dios" y numerosas casas para hombres, "cantando y blasfemando más por hábito que por convicción."

El recuerdo irá desfilando por las vivencias remotas: "conocí a Elena, su mujer de Gracia Plena...". Elogiará los primeros libros de Pedroni y sabrá que aquel vate sólo era comprendido por ese "viejo maestro de escuela, también festejante de las musas, como Zenón Ramírez, padre del músico Ariel; alguna rara niña de manos exangües y ojos perdidos en las grandes medialunas de las ojeras liláceas (como se decía) y Arturo Vazquez Basanta, el propietario del Popular, semanario opositor al gobierno, en el que Pedroni publicó versos que humillaron a Gaspar —su padre—."

Con profunda nostalgia evoca a su amigo y el día que debe hacerle su necrológica sólo puede, en el diario en que él trabajaba en Buenos Aires, "desarmado de pensamiento", escribir "una línea escueta y punzante, que saldrá como una daga oscura de la bobina de un tele-tipo para golpear mi corazón."

Dirá que el poeta de Esperanza es un hombre comprometido "con Dios y con el hombre", sólo es necesario creer en la Justicia y

"a Cristo en su esencia." Citará a Pedroni en un poema:

*Traza la línea que conduce al cielo;  
señala el centro de la tierra, herido.  
Sigue su vertical, hombre constante  
y llegarás a Dios, hombre dolido.*

Completando la "Crónica del poeta Pedroni", explicará Carlino:

"...es de la estirpe de Hesíodo, el aeda que enseñó el arte de arar  
y sembrar. De Orfeo que despertó el horror al crimen. De Solón,  
que exhortó al patriotismo. De Alceo, que combatió contra  
las tiranías. De Aristófanes, militando contra los demagogos  
y clamando por la paz. De Whitman, en su obstinada demogra-  
fía. De Homero, enseñando a manejar las herramientas."

## 5. EL DRAMATURGO

Ya en 1933 el poeta ha sido ganado definitivamente por el dramaturgo. En 1934 se casa con Hortensia Barriero en la localidad de San Fabián. Tres años después, ambos fundarían el Teatro Infantil Experimental. Carlino escribirá algunas piezas teatrales para niños y el 28 de mayo de 1938 estrenarán "El libro robado", una comedia en un acto. Luego, se pondrá en escena "Los ladrones y el vigilante dormilón", obra en la que su autor "recomendaría que los diálogos se sucedan lentamente para que pueda penetrar el público infantil en la intención de la obra." Esa misma noche dirá Carlino en su discurso de inauguración: "El pueblo, en lo que tiene de sano y armónico, nos prestó su voluntad y conseguimos reducir los gastos de representación a la ínfima suma de seis pesos y optar —cobrando una entrada mínima de cincuenta centavos a los mayores— setenta y cuatro pesos para la compra de útiles a los escolares."

Vendrá otra pequeña obra en dos cuadros con el título de: "La que murió en París" y habrá de reunir en un pequeño volumen titulado "Las andanzas de Juan Tordo", esta vez en colaboración con Horacio E. Guillén, una serie de narraciones, leyendas de la tierra y cuentos a los que le han dado una estructura apta, por la gracia de

sus temas y situaciones y por la sencillez de su juego escénico a la interpretación infantil. Fue, sin dudas, un doble mérito de los autores el haber logrado para la expresión huérfana de intentos valiosos de la literatura dramática para niños, en esos momentos, aquella excelente colección sobre motivos autóctonos.

Escribe, también, por aquel entonces, cuatro pequeñas obritas de teatro, más tarde publicadas por editorial Reynaldo Campos: "Todos contra la pared", "La gente que a veces es buena", "Está la soledad" y "Los clientes".

Vimos ya las características de la producción poética, las de ensayo y las del teatro infantil de Carlos Carlino; abordemos ahora la realmente teatral, donde, además del alma de la gente, se encuentra el escenario, es decir, el pueblo chico y su infernario, la chacra y sus arrendamientos, donde el propietario será, en definitiva, el dueño de la mitad de la cosecha. Allá por el año 1946 se estrenó la primera pieza teatral en un acto titulada: "Cuando trabaje", historia de una mujer casada con un hombre flojo y abúlico. Ella lava para afuera y "sostiene" la casa, puesto que el "maula" del marido se bebe los jornalitos que ella gana. El desenlace será su hijo, que no va a la escuela por no tener zapatos y que, en definitiva, será arrastrado por su padre y será como él. Dicha obra fue estrenada en el Teatro Universitario de Santa Fe y la dirección estuvo en manos de Fernando Birri, prestigioso director de obras famosas. Carlino nos pintará el drama que fuera el mal de la época. Padre e hijo se darán a la "mala vida" y en una fraternal derrota se bajará el telón final.

"Tierra del destino" se titulará la obra que estrenaría el Teatro del Pueblo el 17 de noviembre de 1951 y que dirigiera Leónidas Barletta. El teatro será, pues, el futuro de Carlino; la obra señalada enfrentaría el amor al suelo firmemente arraigado en sus hijos, con la fascinación no menos poderosa de las grandes ciudades. Siguiendo un planteo clásico de aparente fijación localista, el autor reiterará una vez más el carácter auténticamente nacional con que el teatro abordaría la riesgosa temática de los valores humanos, en cuanto configuren elementos trascendentes y de universal gravitación. La obra aportaría a la escena nacional un fresco hálito con su cotejo de ciudad y campo, en el que la tierra triunfa al regreso de uno de sus protagonistas empujado por la nostalgia telúrica.

En Esperanza, localidad pionera de la colonización y ciudad

donde mora su entrañable amigo Pedroni, ubica Carlino una pieza teatral de curiosa historia: Teodoro Held, ciudadano suizo, golpearía con los nudillos la puerta de la rectoría. El propio cura saldría a recibirlo. Los hombres se mirarían fijo y Teodoro, profundamente enamorado, pediría al sacerdote ser casado como lo indica la ley. El viejo cura obstinado y serio, queriendo agrandar a Dios no desea sacramentarlo en matrimonio. —“Soy católico”—susurra Teodoro con humildad—. “Pero ella es protestante...” . ¡No y no! —gritaría el cura—. Es cuando la novia vestida de bodas y Teodoro trasladando un árbol con un cartel que dirá “El Arbol de la Libertad”, irán hasta la plaza del pueblo para arrojar bombas de estruendo y convocar a la gente lugareña. Al acudir los vecinos, Teodoro proclamará: —“Seremos esposos cuando lo decida el Sr. Cura...”—. Esta singular historia ha sido escrita en “Los ojos multiplicados”, primer casamiento civil en la Argentina y, quizá, en América. La historia está narrada con nombres supuestos, pero es auténtica y habría sido desempolvada por el dramaturgo. La obra abunda, también, de hechos sucedidos por personajes que han labrado nuestra historia. Será la crónica teatralizada de la colonización de Esperanza, la primera colonia organizada del país que se establece allá por el año 1856. Los colonos serán suizos, alemanes y franceses y quien los trae al país será un hombre llamado Aarón Castellanos, de rancia estirpe española y comprobando que su familia empieza con los españoles Juan de Escobar Castellanos y Francisca de Abreu.

La continuidad más estricta de la obra teatral de Carlino se guarda en “La Biunda” —que responde a la deformación dialectal de la “bionde”— la rubia. Con dicha obra entra su autor definitivamente al teatro y será su meta después de cambiantes acondicionamientos: tenedor de libros, chacarero, Juez de Paz (a los 24 años), Jefe de Registro Civil, Inspector General de Escuelas, conferencista, periodista.

La obra había sido premiada y recibiría la medalla de oro de la Sociedad General de Autores de Argentina (Argentores) al mejor drama representado en el año 1953. Integrará, también, un volumen por la Editorial Ambar, en ediciones del Instituto Amigos del Libro Argentino, Colección Teatro. —“La escribí hace un cuarto de siglo para alivianarme de algunos recuerdos familiares y de ciertas criaturas que me navegaban los sueños”— dirá Carlino en su propia explicación

de la obra. La crítica dirá que con "La Biunda" aparece en escena algo que fue entraña en las creaciones de Florencio Sánchez: la bondad, la cristianísima bondad que tan poco se hacía ver en las tablas como en la vida misma. La obra lleva a la escena una variación del viejo tema de la pecadora arrepentida que en el fondo entraña la posibilidad de purificar y reconstruir su vida. La pecadora de la profunda historia bíblica transfiere su amor a la esfera divina, donde cuenta con la infinita misericordia de Dios. La misericordia de los hombres, en cambio, es tan imperfecta como todo lo que lleva la marca de la débil criatura y, por ello, a quien le falta el empuje para remontarse más allá de los afectos humanos apenas podrá contar con una tenue y fatalmente corta ilusión de dicha. Los seres humanos, las costumbres, las palabras de la obra hubiesen sido reales en el mismo hecho creado por la fantasía del autor.

Dirá Carlino:

"La Biunda" (la rubia, en dialecto del Piamonte) es una prima "mía, a quien no le sucedió nada de lo escrito, pero en su adolescencia era así: primitiva, silenciosa, ingenua como una gota de agua. Y así fueron su padre, su madre, una pariente —dura de corazón como un yunque—, que convertí en su hermana. Y así eran los jóvenes de la época en el medio rural argentino en que "nací y maduré."

Con su obra de época el pueblo irrumpía en las tablas, al fin, con su acento incontaminado y surgido de la épica agraria; hombres y mujeres trabajadores, eran presentados en la escena con verdadera lealtad. —"En ese medio, con mis ojos nuevos, vi sufrir mucho a las mujeres..." —explicaría Carlino.— "Vivían en un mundo estrecho, organizado por hombres para hombres."

El viento renovador de aquel drama significó en la enrarecida atmósfera teatral de entonces, impuesto desde las filas heroicas del teatro vocacional —y que permitió la revelación de una primera actriz: Inda Ledesma— que fue y sigue siendo símbolo de cuanto puede hacerse en este desamparado sector del espíritu creador del país. La obra se puso en escena el día 11 de noviembre de 1953 en el Teatro Lasalle por la Compañía Argentina de Comedia, siendo dirigida por el primer actor Pascual Nacaratti y los siguientes intérpretes: Glo-

ria Ferrandiz, Inda Ledesma, Lidia Lamaison, Hilda Gard, Margara Alonso, Emilio Lommi y Enzo Bellomo.

La obra, que en su libro fuera de tres actos, se adaptó para la televisión dándose en "Teatro del Sábado", bajo la dirección y programación de Ernesto Más.

En noviembre de 1959 se estrenara "Un viaje por un sueño". Poeta del hombre, Carlino habla ya el idioma sentimental y acre de los barrios porteños. El idioma de Carriego. Se presentara al espectador, cruzado de pronto, las ráfagas intensas de un alegato tico-social que traen a la memoria la dureza de ciertas situaciones de Gorki o las aceradas realidades que hacían restallar los diálogos de Roberto Arlt. Pero su autor es el mismo que con sus dramas campesinos nos propusiera reunir la emoción de "La Biunda" y nos obligara a volver a releer su edición con sus tres obras editadas por la editorial "Cátedra Lisandro de la Torre" que, como Carlino, es del litoral y conviene al perfil moral de nuestro escritor. Las obras editadas seran las siguientes: "Cuando trabaje", "Esa vieja serpiente engañadora", y "Un cabello sobre la almohada"; esta última pieza dada ese año por un grupo de actores argentinos en New York y en favor de la cruzada del teatro español.

Aquella pieza es representada por un elenco de reciente formación en aquel momento: La Compañia Argentina de Comedias, de Berta Ortegosa, Nacaratti y Lidia Lamaison, que realizan —según las críticas periodísticas—, "una excelente versión con absoluta compenetración y ritmo de "Un viaje por un sueño" y el sueño que aludía Carlino en su título sera el intento desesperado de redención de una mujer cuyo pasado acaba por quebrar la realización de su esperanza, por destruir su presente cuando éste ya anuncia un futuro luminoso, de vida clara. Su ilusión se destruye porque se casa con documentos ajenos y sin que el albañil enamorado de ella, por correspondencia, sepa nada de su vida sórdida anterior. En el hogar habra una madre anciana, llena de caridad, pero ya vencida por los años y los sufrimientos. También habra un hermano resentido, infame, cainista, que al descubrir la historia de la mujer, pondrá precio vil a su silencio y pretendera seducirla. El marido, un hombre bueno y pobre de alma permanecera a ciegas de los verdaderos problemas. La mujer intentara componer su vida, pero a falta de un redentor se da cuenta que no tuvo valor para decir la verdad y tendra que volver

al abismo del que había salido.

"Extraña empresa es hacer reír a la gente", decía un personaje de Molière. Cuatro pinceladas cómicas jalonan "Un viaje por un sueño", con tierna comicidad, confirmando las dotes de Carlino para las escenas de humor. Pero más extraña empresa es acaso la de hacer llorar a esas mismas gentes. El público —según la crónica de la época— saldrá del Ateneo con la emoción particular que se produce cuando, desde el misterioso mundo de las tablas, alguien realizó esa "rara empresa" de hacerlos reír y hacerlos llorar.

Un lenguaje de rara autenticidad, de fina y sobria condición popular preside la salud de la obra de Carlino, hay en él una ausencia de "literatura", pero es rico en matices de ese castellano argentino de tierra adentro, tan pausado que sustenta la ágil trama, la disparatada velocidad de la parábola, la gracia repentina, a la vuelta del cuento, no a la ida. Los conflictos, tendrán, como en todo teatro de buen linaje, el mismo sabor melódico en el drama que en la comedia: sólo cambiarán los términos, pero el florecimiento del alma se manifestará con igual virginidad entre sonrisas y alegrías que entre angustias y llantos...

Cuando se lee a Carlino es inevitable recordar aquel saludo, famoso en su tiempo, que le hiciera otro poeta santafesino, José Pedroni: "Hasta en el nombre llevas el lino, Carlino." Porque su lienzo dramático es buen lino. Y más de una vez viendo sus invenciones reales en escenas o leyendo sus reales imaginaciones en el libro, nos hemos preguntado si, por la extrema bondad que se desprende de sus actos— en la vida honesta y en las letras honradas que dan formas a su existencia, no sería del mismo lino humilde que empapó el sudor doloroso del rostro de Jesús. Hay que decir estas cosas al hablar de la obra de Carlino. Porque cierta ironía, cierta tierna acritud humilde de su estilo, puede despistar al lector desprevenido, haciendo confundir el ingenio suave de nuestro poeta y el humor campesino de sus escenas y cierta violeñcia de raíz cristiana —la santa indignación— que hay en sus páginas y que podrían tomarse por el acostumbrado resentimiento —justificable, pero no justo— que suele aparecer cuando se tratan los llamados "problemas sociales."

## CONCLUSIONES

Carlos Carlino realizó una labor y una producción perdurable que obliga a una reedición de su obra en nuevas tiradas. Nuestra superación cultural así lo exige. Dice bien Gastón Gori cuando exclama: "Porque con él ocurre lo que con la mayoría de los hombres que se empeñan en ser fieles a la patria en su misión de escritores —y más aún quedaban en décadas anteriores— sumergidos en la realidad que es mirada con ojos puestos en prismáticos extranjeros".

La obra de nuestro poeta tiene honda vinculación con las raíces populares y sobre todo provincianas. Ella nos identifica como nación cuando habla de los desvelos del hombre de campo, sus ideales, su trabajo, sus luchas, su amor a la tierra, su permanencia...

Sería un error pensar que el "Martín Fierro" fuera la obra que nos tipifica. Fue, sí, la trayectoria de una época; la lucha contra el indio, la pampa profundamente extensa, sólo recorrida por el gaucho y su incansable caballo, fue para el cantor de pulperías, para la vida nómada, para la aventura casi permanente a punta de facón, para la visión constante de un horizonte nunca alcanzado. Todo, supuestamente incluido en la obra magistral de Hernández. Pero nuestra literatura busca, aún, el verdadero camino que sea nuestro pensamiento concreto.

Si bien existió el concepto canónico religioso de que cada país debía tener su libro, así como el Quijote para España; y según Carlyle, Italia se identificaba con la Divina Comedia o, el Corán, que llamó a los judíos "la gente del libro", o bien la Iliada, que marcó los orígenes griegos, o los hindúes que creyeron que el Veda "es" eterno, del cual Borges nos diría: "la divinidad en cada una de sus creaciones periódicas, recordaba, para crear cualquier cosa, las palabras del Veda". Lugones declararí­a en 1916, después de publicar su libro "El Payador", que los argentinos ya poseíamos este libro canónico, y que éste, presumiblemente, era el "Martín Fierro". Dijo, que "la obra de Hernández era a nuestros orígenes lo que la Iliada a los orígenes griegos, o la "Chanson de Roland", a los de Francia. Imaginaba una necesidad, sin duda, en la historia secular de la patria, con sus destierros, sus agonías, sus generaciones y las batallas de Chacabuco y de Ituzaingó, y "en el caso individual —dice Borges— de un cuchillero de 1870." Se puede agregar que Borges, después de leer prolijamente la obra de Hernández, define al "Martín Fierro" como un alegato político no

juzgado estéticamente, pero sí en la tesis que defendía. Sabemos que Hernández era un federal (no rosista), partido que muchos juzgaban intelectualmente inferior. Según Borges, Lugones publicó "El Payador" como exaltación de la obra de Hernández, pues también, para el "Martín Fierro", el título de "libro nacional de los argentinos" ya que él estaba ausente con su estilo barroco y su excesivo vocabulario lo había alejado del público. Exige para aquella obra, casi como un traslado, el nombre de epopeya y, admite Borges que: "con ello probaría nuestra ascendencia grecolatina".

Como se ve, aun estamos buscando el camino verdadero de nuestra identidad nacional, de nuestro pensamiento como nación. Nuestra literatura no ha encontrado, hasta aquí, el sentir que señale culturalmente aquel pensamiento. Tomamos la postura fácil de la dependencia abandonando el sentido de responsabilidad que debemos asumir concretamente.

Ayer debimos apartarnos de una metrópoli caduca que, según Echeverría, nos declaraba en su tiempo: "Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece, es el fondo, si se quiere, pero no constituye la riqueza real, adquirida con el sudor de nuestro rostro, sino debida a la generosidad extranjera. Es una vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color, con la cual apenas podemos cubrir nuestra miserable desnudez".

Para Echeverría la cultura era un ejercicio permanente de la conciencia nacional. Se dice bien cuando se piensa que la historia de la cultura argentina ostenta las señales visibles de una distorsión esencial, producida por razones de supeditación prestigiosa a las mudables modas de afuera y, quizá, nunca como en estas circunstancias, con un trasfondo de engaño y de ilusión.

Al hombre de verdadera vocación argentina le toca restituir los valores. El olvido es irreparable, sean los poetas, los escritores, quienes, en un esfuerzo permanente, rescaten con la plenitud de la verdad, toda nuestra cultura de la acción del tiempo, transfiriendo al futuro la historia de los valores que forman nuestra identidad como país. Programemos esa vigencia. La patria lo pide como una necesidad relevante. El devenir comprenderá mejor que nosotros a los hombres de nuestro tiempo, de igual modo que nosotros valoramos al hombre del pasado mejor que sus contemporáneos.

Busquemos, entonces, en el interior la acción que edifica el acontecer como nación, como país. Señalemos con fuerza los errores y elijamos las virtudes como patrón de nuestra constante futura. Sumemos hasta encontrar una sola cifra. Asumamos la responsabilidad de

ejercer lo propio y perfeccionemos el presente para sentir que el futuro será de nosotros.

Las incoherencias de nuestra patria han diluído la imagen que los poetas tienen de nuestro sentir nacional.

Hay que ahondar en el sentir y recoger lentamente las voces perdidas de la vida pasada, las que nos infiltra lo que vivimos y lo que sabemos que vive. Es así como Carlino y otros poetas de la tierra merecen nuestra gratitud, ellos recogieron el pasado y sus obras son verdaderas, llegan donde deben llegar a los que aman el labradío. El poeta medita frente a las cosas y crea los valores reales de nuestra identidad nacional.

La obra total de Carlos Carlino está adherida a la tierra: las cosas, los hombres, los dolores, las plenitudes, la inquietud de la chacra y hasta la ausencia amarga del que va a la urbe después de haber bebido las auras libres durante años, pesan en los libros del poeta santafesino con la impalpable presencia de una pasión y de una nostalgia.

El espíritu que une al escritor en sus tres dimensiones: la poesía, la escena, el ensayo, corre por el mismo andarivel. Hijo de gringos, enarbola su reivindicación porque en las honduras de su alma él es gringo y renace el gaúcho, porque comprende el drama de su antecesor, puesto que él mismo es gaúcho. El argentino y el gringo conforman la carne sufrida del proletario de nuestros campos. Ecuestre el uno, peatón tenaz tras la manquera el otro.

Tomemos, entre las obras de Carlino, dos textos de ensayos intensos y extensos: "Gauchos y gringos en la tierra ajena" y "Biografía con gringos", para hacer el aporte al texto esencial que cante, junto al "Martín Fierro", la plena identificación de nuestra nacionalidad, hecha de sudor, de esfuerzos y de probada ascendencia grecolatina.

# CARLOS CARLINO

## GUIA CRONOLOGICA DE SUS OBRAS

### Años 1930 - 1933:

- Inicó sus publicaciones en órganos populares:
  - "La Nota"; "El Baluarte", de San Fabián (Pcia. de Santa Fe).
- Publica en "El Orden" y "El Litoral", de Santa Fe.
- Colabora en el diario "La Prensa" y "La Nación", de Bs. Aires.
- Escribe algunos artículos en la revista "Para Ti".
- Aceptan sus trabajos en los diarios "Noticias Gráficas"; "La Razón"; "Clarín"; "El Mundo"; "El Diario", de Paraná y el "Correo de la tarde".
- Envía y son publicados artículos en diarios del exterior: E.E.U.U., Cuba, Puerto Rico.
- Publica sus primeros libros:
  - "Cara a cara" (Con poemas de la ciudad de Rosario). En ese entonces estudia en el Colegio La Salle y el Nacional Nº 1, de nuestra ciudad).
  - "Vecindades" (poemas íntimos).

### Años 1936 - 1938:

- Comienza a escribir obras teatrales para niños:
  - "Cuando yo trabaje"
  - "El libro robado" (1938)
  - "Las andanzas de Juan Tordo", Edt. Castellví, Santa Fe.  
(Serie de cuentos, narraciones y leyendas de nuestra tierra con estructura teatral).
  - "Vamos al circoooo..."
  - "El valiente y los ladrones"
  - "La luciérnaga y el grillo Cri Cri" (Fábula)
  - "Los ladrones y el vigilante dormilón"
  - "La que murió en París".
- Creación del Teatro Infantil Experimental, junto a su esposa Doña Hortensia Barrero de Carlino, (San Fabián, 1938 - 1939).

### Año 1938 en adelante:

- "Poemas de la tierra", poesías (1938).
- "Poemas con labradores", Premio Regional de la Comisión Nacional de Cultura, Premio Nacional de Literatura, zona Litoral, 1949 (1940)
- "La voz y la estrella", Premio Trienal 1943/45, de poesía de la Pcia. de Santa Fe (1945).
- "Patria Litoral" (poesías) (1946).
- "Cuando trabaje", Edición corregida (1946).
- "Tierra del destino" (teatro) (1951).

"La Blunda", Premio Nacional de Teatro y Medalla de Oro de la Sociedad General de Autores, ARGENTORES, (1952).

"Esa vieja serpiente engañadora" (teatro) (1953).

"La última palabra" (teatro; obra en un acto) (1954).

"Las aventuras de Juan Tordo" (teatro realizado con Horacio E. Quillín) (1954).

"Un cabello sobre la almohada" (teatro) (1954).

"Los ojos multiplicados" (teatro) (1958).

"Todos contra la pared" (teatro; Edic. Reynaldo Campos).

"La gente que a veces es buena" (teatro; Edic. Reynaldo Campos).

"Los clientes" (teatro; Edic. Reynaldo Campos).

"Un viaje por un sueño" (teatro) (1959).

"Está la soledad" (teatro) (1962).

"Santos Vega, el payador" (poesías) (1969).

"Abril se inclina hacia el Oeste" (poesías) (1969).

"Teatro" (Editorial Aguilar) (1970).

"Biografía con gringos" (El tango, Santos Vega, José Pedroni), (Ensayo) (1979).

"Gauchos y gringos" (Ensayo) 1976).

"Gringos y compadres" (Artículos de ensayos).

Año 1946: Con Fernando Birri, en Santa Fe, estrena su teatro de títeres "Maese Pedro" (las obras son de Carlos Carlino).

Se estrena en radio, en Santa Fe, junto a "Doña Rosa", "El vigilante y los ladrones", para varias escuelas de esa ciudad.

Años 1949-1969: Se publican sus obras para Teatro Contemporáneo, en Edición Aguilar y en una recopilación de Juan Ghilano.

Año 1967: Pronuncia varias conferencias en el Instituto Nacional de Estudios del Teatro (Y.P.F.), Capital Federal.

Año 1969: El 17 de mayo de ese año da una conferencia sobre José Pedroni, en el Centro Plamontés del Círculo Italiano, de Sta. Fe.

Año 1969: Estrenan sus obras en Méjico, Ecuador, Cuba y Chile. Entre otras:

- "Un cabello sobre la almohada".
- "La Blunda" (se representa en distintos teatros de la República Argentina).

Año 1984: "Un cabello sobre la almohada", se da con éxito en el Teatro Auditorium, de Mar del Plata, con notable afluencia de público, en el momento de escribirse este ensayo.